

Apertura de curso

Se ha verificado con arreglo al programa. Se han leído discursos y memorias. Aquellos derramando ciencia, sabiduría, conocimientos en los distintos ramos del saber. El abismo se ha iluminado de pronto, y nuestras universidades han difundido una luz tan intensa, que la ciencia en el extranjero se ha quedado asombrada; y nuestra clásica Universidad salmantina, aquella escuela de conocimientos positivos en la Edad Media, aquel centro del saber que acogía con benevolencia al iniciador, descubridor después de un nuevo mundo, ha sacudido su pereza clásica, y el jefe de la enseñanza, desde allí, desde la cuna de nuestros conocimientos en algunas ciencias, aunque ya se habían tomado por base aquel caudal de riqueza científica que poseían los árabes, de que tampoco se habla, no sé si por orgullo de raza ó por conveniencia de la religión papal, desde allí el ministro ha explicado sus reformas y contestado á una dura palmetada que le diera el episcopado español en su mensaje al rey.

Todo está muy bien; pero ofuscados ante esas luminosas irradiaciones, ni discutimos el discurso del ministro, ni nos atrevemos á indicar opinión acerca del patrón de los discursos profesionales que han leído los sabios profesores y catedráticos á quienes correspondía en turno el trabajo actual.

Estamos ciegos, y por eso la ciencia y los descubrimientos de los discursos no los hemos podido apreciar.

Somos profanos y no podemos medir el alcance y la trascendencia de la mayoría; que de la totalidad de los discursos, en los que se cuidan más las formas literarias, para evitar las censuras de la crítica, que los verdaderos problemas científicos y sociales ó morales, según la profesión ó el ramo del saber del maestro, y ni la espontaneidad ni ninguna otra condición de las que deben brillar en esa clase de documentos hemos podido apreciar.

No esperábamos que asombrarían al mundo nuestros maestros en los diferentes ramos del saber, pero tampoco podíamos sospechar tan tremendo fracaso.

La ciencia y nuestros cuerpos docentes deben ser algo más que ese formulismo ritualista, que no pasa de la retórica.

Menos abogados y más mecánicos é industriales y hombres consagrados á los progresos de las ciencias y de las artes de aplicación, se decía en los momentos que sucedieron á la catástrofe.—Menos dogmatismo y menos ritualismo—clamamos hoy.—Trabajos de laboratorio, experimentos, investigaciones en la esfera de las ciencias físico-químicas, de las ciencias naturales, de las ciencias matemáticas, en los distintos ramos de las llamadas ciencias médicas. Gabinetes de estudio, prácticas de experimentación, trabajos de laboratorio, sería mucho más práctico y más conveniente al progreso científico, que esos discursos bichados de citas, llenos de erudición, pero vacíos de verdadero progreso científico.

Romanones se ha sacado la espina episcopal, y esta es la nota más culminante de las solemnidades académicas.

A. A.

Murmuraciones

El jefe, el ilustre jefe del partido conservador, va á reunir en Madrid á todos los llamados á salvar la patria cuando la Corona lo llame para pedirle consejos.

Se trata de explorar el ánimo de toda la patria y oír su opinión.

—Se aproxima una crisis—dirá el jefe—y como es probable que se me llame para explorar mi voluntad, yo quiero, antes de que eso suceda, oír la opinión de mis amigos.

—Aquí nadie tiene opinión más que el jefe—dirá Sánchez Toca.

—Poco á poco, D. Narices—argüirá Villaverde—yo, por mi parte, tengo opinión, y ésta consiste en que, para salvar el país del frío que se avecina, es necesario, imprescindible, que el

partido conservador sea llamado al Poder y yo ocupe el ministerio de Hacienda, que es el que más entiendo y en donde me encuentro como en mi casa.

—¡Aprobado!—dirán todos los amigos que componen el partido conservador.

—Pues entonces—contestará Silvela—no hay que hablar más. Cuando el rey me llame diré que no hay más salvación que ustedes conmigo y yo con ustedes.

—Ese es nuestro porvenir, al decir de los personajes bien enterados.

—Buen artículo publica hoy *El Liberal* de Madrid!

Con letra negra y en sitio preferente anuncia que tiene en Madrid 24.000 suscripciones.

Dicho artículo lo firma un notario, que da fé de haber ido detrás de los repartidores cerciorándose de la verdad.

—Mistie, colega, al que le pese, que revientel y las viuditas que tengan sala con alcoba para un caballero solo, que aprovechen la ocasión para anunciarse.

Ya saben que son 24.000 suscripciones....

De las 24.000, ¿no habrá siquiera 2.000 de caballeros que busquen viudas baratas, solícitas y hacendosas?

Y á propósito de *El Liberal*.

Acabo de leer ahora mismo lo siguiente:

«*El Liberal* dice que el ministerio de Hacienda debe á un carbonero más de 14.000 pesetas y tiene otras importantísimas deudas.»

Ahora caigo yo en la cuenta de que no es el ministro, sino el ministerio.

—¿Y en qué gasta el ministerio susodicho el carbón?

—En calentar las trapas?

No estoy conforme con eso de que se le llame carbonero á un hombre que puede fiar hasta 14.000 pesetas.

—¿Carbonero?

Ese es todo un señor ilustre carbonero.

La carbonería española va á hacerse célebre.

Ya hay dos cosas notables.

La primera fué... la herida de Rampolla, papa futuro, que es, ó era, hija de una carbonera de Madrid.

Y la segunda... ese carbonero que fia al ministerio de Hacienda hasta 14.000 pesetas y todavía sigue vendiendo carbón como si tal cosa.

Y digo yo:

Suponiendo que esa deuda sea verdadera, en el ministerio de Hacienda no se le habrá pagado al carbonero desde la guerra de Africa.

Y ya deberían dejarla correr hasta que lleguen á 15.000.

Para que sean miles de duros justos.

El señor Alcalde interino de Sevilla, D. Emilio Jimeno de Ramón, se quejó ayer en Cabildo de que las autoridades de la ciudad lo hubieran dejado solo para atender á los Coros Clavé.

—¿Ignora el Sr. Jimeno que más vale estar solo que mal acompañado?

—¿Pues no quedamos hace dos días, cuando convidaron ustedes al señor Gobernador, en que los liberales de Sevi la estaban unidos?

—¡A la hora de comer!—dirá el Sr. Jimeno.

También dijo el señor Alcalde que dichos Coros no habían ocasionado otro gasto al Ayuntamiento de Sevilla que quinientas pesetas que él les había entregado en nombre de la ciudad.

En eso ha estado parco nuestro Alcalde.

Los Coros Clavé, entre los que cantaban y los que venían haciendo de barbos, sumaban seiscientos y pico.

Don Emilio, siquiera por el buen parecer, debió llegar á peseta por alpargata.

Y no que han salido á tres reales y pico.

—Si doy á peseta por alpargata, paso de las mil pesetas—dirá el señor Jimeno.

—¿Y qué menos vale oír cantar la polka titulada *¡Arre, recuál!*

—¡Vaya un tituló!

Como noticia de Feria, he leído, con espanto,

que los precios de los burros han sido la mar de altos.

Si eso es verdad, me parece que no está justificado,

que si hay ganado que abunda bastante, es ese ganado.

Burros donde quiera hay:

en la plaza, en el teatro, en la plazuela, en la calle, en la cabaña, en palacio....

Y no digo que en la iglesia porque hace ya muchos años que por sus puertas no entro, y yo ya sé lo que hablo.

—Esto es curioso!

—Seguramente serán muchos los que, bañan-

dose en el mar, ignoran que, al zambullirse en las refrigerantes aguas de la playa, están tomando un baño auténtico de oro y plata; nada más positivo, sin embargo. Malaguti, Durochar y Sarceand, demostraron, hará poco más de doce años, la existencia de la plata en el agua del mar, y Soustadt probó más tarde que la misma contiene una pequeña cantidad de oro.

—Y pensar que esta mañana me comí seis sardinas, y lo menos, lo menos, habré de tener dentro del cuerpo una peseta en oro y plata... y estoy sin tabaco!

Dios ha puesto las cosas en el mundo de manera tan rara, que ni El las encontraría si viniera otra vez por aquí.

—Telegrama urgente que publica hoy *El Noticiero*:

«San Sebastián 3, 18.—El rey con la reina María Cristina y sus hermanas han paseado hoy por las calles de esta ciudad.»

—¿Qué honor para los adoquines!

—¡Estarán reventando de gozo!

CARRASQUILLA.

Los curas estafadores

Leo en toda la prensa largas informaciones y comentarios sobre los veinte mil duros que se dice haber estafado á una vieja tonta el cura Ernesto Rico, y no puedo menos de pensar: ¡vaya, está visto que, aun en los delitos, se da la suerte! á unos les cabe la de quedar ignorados, aunque no lo merezcan, mientras á otros les favorece una resonancia inmensa, digna de mayor gravedad.

Este, si es tal delito, ha sido uno de los últimos. Con razón se extrañan y se rien los curas avisados al ver el ruido que mete una vulgar estafa, que tanto da que hacer á las plumas. ¿Pero ahí estamos todavía? preguntan; ¿qué se habían figurado los periodistas? ¡Pues si hechos como ese y mucho más inicuos son el pan nuestro de cada día! ¡Cuántos obispos deben la mitra á un robo, con peores circunstancias!

Tiene razón; pero no distinguen entre los periodistas poco versados en achaques de iglesia y los que se las saben de memoria.

En verdad que en el clero, si no hay más delitos de ese género es por falta de ocasiones. Me acordaré siempre de que mi madre, que era una santa y practicaba puntualmente sus deberes católicos, no era gustosa en que yo me ordenara, porque el clero, decía, es una turba de gentes sin fe ni conciencia. En el altar los venero por su ministerio, en el púlpito por la palabra de Dios.... cuando la dice, que no es siempre, y en el confesonario.... ¡guarda, que son hombres, aunque visten faldas!

Tú, hijo mío, me dijo muchas veces, no sirves para clérigo, porque tienes el carácter independiente, expresas tu sentir como él es, no sabes arrastrarte, ser sopión ni hacer negocios sucios; serás siempre desgraciado. ¡Cuán inspirada estuvo!

Y cuando, ya clérigo su hijo, entraban varios otros curas en nuestra casa:—Estos grajos, exclamaba después que habían salido, vienen por tí, no á gusto mío; que bien sabes, Pepe, que hasta ahora ninguna sotana había entrado por esa puerta: así hemos vivido en tan santa paz.

La buena señora hablaba como un libro. Yo no pasé jamás de clérigo inferior entre los inferiores, no tuve una peseta, fui siempre maltratado, aunque no cumplí ni mejor ni peor que otros que pasaron sobre mi cabeza, y cuando mi pobre madre contrajo mortal enfermedad no hubiera tenido recursos para evitarla morir en un hospital á no ser porque algo me produjeron ciertos escritos hechos á impulsos de aquel tremendo apuro, y fustigaban á la Iglesia! Sabido es que luego fui arrojado de ella estreptosamente, y que no he tenido paz ni sosiego hasta no verme libre de sus garras.

Si las familias católicas siguieran el consejo de mi madre: orar en el templo viendo al cura de lejos, desconfiando de él como confesor, no queriéndole para director y cerrándole las puertas de su casa, los robos y estafas serían bastantes menos. Pero la gente es necia; las mujeres, sobre todo, se dejan suggestionar por el encanto pueril de la casula bordada y del incienso bus-

can al cura, desean su trato, le entregan su confianza.... el desengaño viene cuando es ya demasiado tarde.

—El robo de esa vieja! ¡Tanto escándalo por veinte mil duros! Si de pronto aparecieran en la prensa todas las viudas, solteronas y casadas, cuyo dinero ha ido mediante engaños á manos de clérigos ó frailes; si con ellas fueran los maridos estafados, los hijos y parientes desposeídos, los menores cuyo tutor clérigo los dejó en la calle, y los herederos cuyos albaceas de sotana los empobrecieron, cada periódico tendría que ser un tomo en folio con tipos del 6 sin reglas.

En mi larga vida sacerdotal he conocido eclesiásticos honrados; algunos eran verdaderos santos, pero muy pocos, y objeto de las burlas de sus colegas. El ministerio clerical apenas produce lo mismo para los altos que para los bajos, si han de atenerse á los emolumentos legítimos; luego toda fortuna de clérigo es mal adquirida; ¿cómo? Engañando mujeres, perturbando y saqueando familias, ó por medio de robos en los acerbos de misas y de obras pias; no hay otro camino; honradamente (salvo el caso de herencia legítima) ningún cura tiene dinero, y ningún convento de hombres podría sostenerse.

El cardenal García Gil fué prelado muchos años; el cardenal Cascajares lo fué bastantes; ambos murieron llenos de... deudas por haber sido honrados, verdaderos mirlos blancos. Monescillo dejó más de trece millones parte en oro. Cierta rector de la Paloma, que ni sabía decir misa, ni tenía por dónde le viniera un real, ni su cargo le produjo legalmente 6.000 reales al año, murió millonario. Como él he conocido muchos: el célebre don Leopoldo, el majadero de don Florencio, el ridículo Cordero, del Carmen, el P. Angel, capuchino del Prado.... una lista inmensa de *agilibus, Petrus in cunctis*, que sin valer nada, ni ser más que confesores adocados, vivieron en la abundancia y dejaron grandes fortunas, habiendo sido testamentarios, tutores, fideicomisos, árbitros, ó mejor dicho, tiranuelos de muchas familias, cuyas riquezas pasaron en parte ó en todo á sus manos. Conozco más de cien culebrones de estos que viven muy considerados, debiendo estar en presidio.

Yo lo he visto: la multitud de clérigos, salvo las excepciones honrosas de siempre, se compone de dos grupos: el de los que viven robando y el de los que ansían robar y no pueden. Todos sueñan con la devota rica y tonta que ha de enriquecerlos y entregarles cuanto una mujer puede entregar; pero unos se pasan la vida buscándolos y á otros se les vienen á la mano; por cierto que suelen ser los más ignorantes y repulsivos.

Esto es lógico en una clase de hombres educados en la tacañería, el egoísmo y la bajeza que luego, ya sacerdotes, viven siempre con el alma en un hilo, temiendo perder su pan y su honra por un mero capricho episcopal, á causa de secreta delación de un mal compañero ó de una beata indecente.

Esto quiere decir que si ellos son malos, peor es la Iglesia, verdadera causante de sus delitos. *Quod est causa causae, est causa causati.*

—Y cree la prensa hallarse en el negocio del cura Ernesto Rico ante un caso raro! Lo raro es que no se descubran diez todos los días. ¡Si hablaran claro los que los conocen! ¡Qué asco de Iglesia!

JOSÉ FERRANDIZ,
presbítero.

Cómo escribía Zola sus novelas

Cada escritor tiene un método de trabajo apropiado á su temperamento y á su originalidad. Y estudiando este método, de que la multitud no se preocupa, interesada únicamente por los resultados; es como se puede desmontar el mecanismo de su talento y sorprender el juego íntimo de sus ruedas.

El método de trabajo de Zola se encuentra claramente explicado en una obra de Edmundo de Amicis, *Recuerdos de París y de Londres*.

Para dar más viveza á su relato, Amicis hace hablar al autor de los *Rougón Macquart*.

—Hé aquí cómo hago una novela—dice Zola.

No la hago precisamente, la dejo hacerse á sí misma. No se inventan hechos: carezco en ab-

soluto de este género de imaginación. Me pongo a la mesa para buscar una intriga, una trama cualquiera de novela, y permanezco tres días devanándome los sesos, con la cabeza entre las manos, sin conseguir nada.

Por esta razón he tomado el partido de no ocuparme nunca del asunto. Comienzo a trabajar en mi novela sin saber ni qué sucesos se desarrollarán en ella, ni qué personajes tomarán parte, ni cuál será el principio ni el fin. Conozco solamente mi personaje principal, mi Rougon ó mi Macquart, hombre ó mujer. Me ocupo solamente de él, medito sobre su temperamento, sobre la familia á que pertenece, sobre sus primeras impresiones y la clase en que he resuelto hacerlo vivir. Esta es mi ocupación más importante: estudiar las gentes con quien se tratará este personaje, los lugares en que ha de vivir, el aire que ha de respirar, su profesión, sus costumbres, hasta las más insignificantes ocupaciones á que consagrará sus ratos perdidos.

Después de dos ó tres meses de este estudio, me he hecho dueño de este género de vida; lo veo, lo siento, vivo en él con la imaginación y estoy seguro de dar á mi novela el color y el perfume especial de aquel mundo. Además, viéndolo algún tiempo, como yo lo hago, en esa capa social, conozco personas que pertenecen á ella, oigo referir hechos reales, sé lo que en ella pasa ordinariamente, aprendo su lenguaje y tengo en la cabeza una cantidad de tipos, de escenas, de fragmentos, de diálogos, de episodios y de sucesos que forman como una novela confusa de mil retazos desunidos ó informes. Entonces me queda por hacer lo que es más difícil para mí: unir con un solo hilo, lo mejor posible, todas esas reminiscencias y todas esas impresiones sueltas. Esto representa casi siempre un largo trabajo. Pero yo lo comprendo flemáticamente, y en lugar de emplear en él la imaginación, empleo la lógica. Razono conmigo mismo y escribo mis sonetos, palabra por palabra, tal como se me ocurren, de modo que, leídos por otro, me parecerían extraños. Fuano hace esto. ¿Qué se desprende ordinariamente de un hecho de este género? Este otro hecho. ¿Es capaz de interesar á otra persona? Ciertamente.

Es, pues, lógico que aquella otra persona obre de esta manera. Entonces puede intervenir un nuevo personaje. Fuano, por ejemplo, al cual he conocido en tal lugar, tal tarde. Busco las consecuencias inmediatas del más pequeño suceso; lo que se deriva lógicamente, naturalmente, inevitablemente, del carácter y de la situación de mis personajes. Hago el trabajo de un comisario de policía, que quiere, por un ligero indicio, descubrir á los autores de un crimen misterioso. Encuentro, sin embargo, á menudo muchas dificultades. A veces no hay mas que hilos que anudar, una consecuencia de las más sencillas que deducir, y no lo consigo, y me fatigo y me inquieto inútilmente. Entonces ceso de pensar en ello, porque sé que es tiempo perdido.

Pasan dos, tres, cuatro días. Una mañana, al fin, mientras que almuerzo y pienso en otra cosa, se anudan de repente los dos hilos, encuentro la consecuencia y desaparecen todas las dificultades. Entonces un rayo de luz corre sobre toda la novela. Lo veo todo y todo está hecho. Vuelvo á estar seguro y no me queda que realizar más que la parte más agradable de mi trabajo. Y lo emprendo tranquilamente, metódicamente, con el reloj en la mano. Escribo todos los días por la mañana un poco, tres páginas de imprenta, ni una línea más. Escribo casi sin correcciones, porque desde hace meses lo tengo pensado todo; y cuando he terminado, pongo las páginas á un lado y no las vuelvo á ver hasta que están impresas. Puedo calcular infaliblemente el día que he de terminar la obra.

Comiquerías

¡FALTAN TIPLES!

Los que por estas tierras nos ocupamos de cosas teatrales, sin el auxilio de las cigüeñas descubridoras de misterios que ahora usan los críticos más ó menos congrios (léase Saint Aubin) de la coronada villa, también hemos logrado averiguar (!) una cosa importantísima para la vida de la compañía cómico-lírica que luce sus habilidades en el teatro del Duque: que hacen falta tiples.

Don Antonio lo sabe, porque á su gramática parda une la buena cualidad de ver bien las cosas, y está triste por ello. De ahí sus frecuentes visitas á telégrafos, expidiendo despachos que contienen proposiciones tentadoras, allá donde quiera que se escucha el trinar de una tiple auténtica. Por eso en sus frecuentes monólogos se le oye exclamar:

— ¡Enseñanza libre!... ¡Si hubiera tiples!...

X su tristeza aumenta, conforme se aproxima

la para él fatídica fecha del 23 de Octubre; y suspira con mayor fuerza cada vez que abre un telegrama y lee estas ó parecidas frases:

«Imposible aceptar proposiciones. Tengo contrato firmado hasta Marzo.»

Faltan tiples en el Duque, y á Cervantes vienen tiples para todos los gustos. Ortas nos resulta un Colón descubriendo tiples de esas que dan oro á las empresas. ¡Y cuidado que es difícil encontrar ese metal en España!

Carmen Domingo tiene cosas de eminencia en su género. Es de las que se solicitan, y de las que pueden imponer condiciones. Blanca Marurás pertenece á la cuerda de las tiples cómicas, que son esto último más que lo primero. En ese repertorio *sui generis* escrito para Loreto Prado, hace primores, taconea fuerte y sabe mirar al público.

Estas son las dos perlas que trae Casimiro, á su antigua casa, á aquella casa triste y abandonada durante porción de años; y que él proyecta revivir á sus espléndidos tiempos de antaño.

— ¿Lo conseguirá? ¡Quién sabe! Elementos para ello trae; pero á veces todo se estrella ante la fatalidad del destino y vienen á tierra los proyectos mejor planeados, las combinaciones que parecen infalibles.

Y después de esa escasez de *estrellas* del género cómico-lírico, tampoco hay gran abundancia de obras.

El más rico filón, *Enseñanza libre*, ya está descubierto. ¿*Quo vadis?*, que ha empezado á anunciarse con todos los honores de acontecimiento, será lo que los *morenos* quieran; y conste que si se salva de un fracaso, se deberá á Cerbón, actor que sabe hacer reír cuando le viene en ganas, y que en la astracanada de Sinesio Delgado puede llegar al *summun*.

Y nada más: el público ya se ha enterado de que faltan tiples en el teatro del Duque, y será fácil que de aquí en adelante las reclame de manera disjunta á la indiferencia que hasta ahora viene demostrando.

Por eso se preocupa D. Antonio, por eso expide tantos despachos urgentes conteniendo proposiciones tentadoras, allá donde se escucha el trinar de una tiple auténtica.

— ¿La hallará?

X.

De actualidad

Dicen de Bilbao que en la línea de Portugete un hombre pedía auxilio.

Recogido, declaró llamarse Victor Landa. Su suegro y otro individuo perseguíanle para robarle 51 duros.

Ayer sorprendieronle en la vega de Murrieta, le apredrearon y le apalearon. Creyéndole muerto le robaron dinero y reloj, y lo llevaron á la vía, huyendo después.

Al paso de un tren intentó separarse de los rails pero la máquina le cortó las piernas.

Un segundo tren le cortó un brazo. Conducido á su casa falleció.

Detenidos los supuestos autores, niegan lo que se les imputa.

Aumentan los estragos del cólera en Filipinas.

El lunes, solo en Manila, había 5.390 atacados y 3.092 defunciones.

En Miago, de 4.000 habitantes, fueron atacados en un solo día 1.173.

Algunas localidades nan quedado despobladas por morir todos.

La situación es terrible: pánico general: los cadáveres quedan insepultos en las calles.

El Gobierno yanqui carece de médicos y medicinas para los enfermos.

La epidemia avanza con rapidez.

Silvela llegó á Córdoba y en el Circulo conservador pronunció un discurso diciendo que los liberales, que habían realizado siempre importantes obras, hoy se distinguen por la negación de toda obra y caerán por impotencia y pasividad, pero enseguida.

Pidió á sus amigos unión y disciplina y que se apresten á la lucha desde el poder.

En Totoachula (Méjico), ha habido un espantoso terremoto.

Dicen de Nueva York que en la mina de carbón Blanck, «El Diamante», ha habido explosión de grisú, resultando 14 muertos.

En Lens (Francia), mil mineros acordaron la huelga pidiendo aumento de jornal.

En San Sebastián los generales allí residentes cumplimentaron al rey.

Los reyes pasearon por la población. La oficialidad del *Giraldá* almorzó en Miramar.

El general Blanco marcha mañana á Madrid.

Curiosidades

POR QUÉ SE LLAMA SIMONES A CIERTOS COCHES

Todos llamamos en España coche *simón*, ó pesetero, conforme los franceses le denominan *fracre* á los coches que alquilamos por horas, ó por carreras, en las paradas. Estos vehículos han prestado y prestan á la humanidad muchos servicios, como todos saben. Lo que saben muy pocos es por qué se llaman *simones*, por lo que vamos á explicar el origen de esta palabra.

Por los gloriosos tiempos de Fernando VI, dos años después de empuñar el cetro este soberano, en 1748 encargóse de guiar su carroza un hombre diestrisimo en el manejo de las riendas, muy discreto en su trato, de mucho gracejo en su conversación y con un afecto tan grande en el corazón hacia el monarca que, con exposición de su propia vida, logró salvar la de aquél hasta en tres ocasiones, por lo que S. M. cobróle gran aprecio y remuneróle, si no con esplendidez grande, con relativa largueza.

El tal, llamado Simón González, casóse con mujer que tenía algunos ahorritos, los que, unidos á los suyos, constituían un regular capital, con el que el matrimonio quiso manejarse independientemente, á cuyo efecto despidióse Simón de su real amo, haciéndole saber que su deseo era fundar una cochera donde cuantos no tuvieran vehículo propio, que, naturalmente, eran los más, lo hallasen prestado por prudencial cantidad en su casa.



Simón González.

Satisfizo al rey así la idea de su servidor como poder ser útil, y concedióle la gracia de que sólo él fuera en la villa y corte autorizado para tener en su cochera hasta seis coches de pechera, para quienes hubiesen de menester de ellos, mediante tarifa, pudiendo, por si alguno de los seis sufriese detrimento, tener un séptimo coche de reserva.

Inútil nos parece añadir que los primeros coches de alquiler que rodaron por las calles madrileñas no eran de la forma de los de hoy. Eran aquellos grandes, capaces para seis asientos, cubiertos por sendas capotas desplegables y tirados por dos mulas con colleras y cascabeles. Todavía háñse visto en la villa y corte algunos de estos ejemplares hasta 1870. Pero en esta fecha, y desde 1835, alquilábanse, no ya en las cocheras de sus dueños, sino en la plazuela del Progreso y en otros parajes.

Gozó Simón González del real privilegio que se le concediera durante todo el reinado de Fernando VI y de Carlos IV.

Fernando VII hizo extensivo á otros el privilegio de alquilar coches, y en 1812 eran doce los que los alquilaban, y el número de vehículos 185.

En 1850 había ya en Madrid, entre tartanas, calecinos, tilburis, ómnibus, góndolas, bombés, landós, berlinas y carretelas, hasta 600 carruajes de alquiler y 650 de propiedad particular.

Como curiosidad damos á conocer el retrato de Simón González.

EMILIO ZOLA

¿Qué podrá añadir mi pobre pluma á lo ya escrito en lo que á la vida y muerte de mi ilustre paisano se refiere?

Bien poca cosa, y solo un deber ineludible de compatriotismo es el que me pone en el duro trance de formular algo así como una especie de oración fúnebre ó como una prueba postrimera de mi admiración y agradecimiento.

Aprendí á leer en las obras creadas por los dos grandes maestros del siglo XIX. Hugo y Zola fueron los que hicieron las delicias de mis primeros pasos en el mundo de lo ideal y en el de la realidad.

No necesitaré, para disertar sobre el gran maestro, recurrir á fuentes ajenas, puesto que cuasi le conocí personalmente; es decir, le he visto varias veces y hablé con él una.

Por de pronto debo deshacer un error cometido por un colega local. Emilio Zola no llegó á hacer el grado de bachiller.

Tanto peor para los bachilleres y para los que lo rechazaron en esa prueba, puesto que muchos de los primeros hubieran deseado poseer el talento y los conocimientos que á Zola le sobraban para doctorarse, mientras que los últimos murieron en lamentable medianía cuando ya el ilustre maestro discutía en el camino del Parnaso.

En la librería Hachette fué donde tuve el ho-

nor de hablar con mi paisano, al ir á comprar un libro. Allí supe, por el gerente de la casa, que el autor de *La Terre* había sido su empleado, indicándome el pequeño pupitre en que trabajó en la confección del catálogo general de la casa, nueve horas diarias por 3 francos y medio; y que, cuando tuvo que aceptar ese más que modesto empleo, llevaba algunos meses de vida de *bohème*, mucho más bonita en la obra de Murger que en la realidad.

Allí fué donde esbozó sus *Contes á Ninon*. Después empezó una lucha á brazo partido con todos los obstáculos; entonces el mundo literario vió con asombro verdaderos prodigios de un trabajo formidable; el realismo se reveló á su numen con tal brillantez, que tras de *La confesión de Cláude*, que parecía ser la propia historia de su juventud, emprende *Les Rougon-Macquart* con el subtítulo *Histoire naturelle et sociale d'une famille sous le second Empire*.

A continuación se suceden una serie de trabajos cuya no menclatura resultaría prolija. Aparece *L'Asommoir*. Ese fué el verdadero primer paso en el realismo desnudo.

Es la obra maestra, bajo el punto de vista del estilo y de la observación.

Para obtener datos fidedignos, Zola frecuenta los tugurios, las tabernas; trata con gente maleante, paga convidadas; vive con la gente cuya vida quiere describir. En esa obra, las miserias, los vicios, los gustos del pueblo, están estudiados con tal minuciosidad, que se ven desfilan ante los ojos del lector las etapas en progresión que conducen de la pereza á la borrachera y de ésta al embrutecimiento.

Tales relieves tienen las obras de Zola, que el tiempo no las podrá borrar.

Siento no poder trazar con mano más firme y facultades más amplias algo que pudiera arrojar una chispa de luz más á la brillante aureola que circunda la gloria del gran hombre.

Si en un tiempo más ó menos lejano se presentara un imitador del célebre Zola, su trabajo tomaría el nombre de *Zolismo*. Hubo un tiempo en que Zola andaba en los caminos trillados de Balzac y de Flaubert; pero cuando sintió que en él ardía el fuego de las creaciones, obró por sí solo, sin servirse del realismo ni del naturalismo sino por *Zolismo*; no se puede dar otro nombre á su literatura, en la que la elección de sujetos, la crudeza de las expresiones, le colocan fuera de las filas de todos los literatos.

No me explico la razón, pero temo que al morir el gran maestro, se haya llevado el secreto de su *Zolismo*, y que, como fundador de una escuela, no haya dejado más que discípulos que, no teniendo ni el valor ni la valía del maestro, barbotarán lastimosamente en las huellas trazadas por él...

Los pueblos están de enhoramala; en pocos años, España y Francia sufren pérdidas irreparables.

Al ilustre Pasteur sigue el gran Pi á éste Rubio y ahora el gran Zola.

Descanse en paz el maestro insigne.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

Accidente ferroviario

La prensa de Granada y Málaga publica extensos detalles del descarrilamiento ocurrido en Pinos Puente.

He aquí algunos detalles:

«El descarrilo lo ocasionó indudablemente un corrimiento de tierra, por efecto de las grandes lluvias que se iniciaron en todo el día del miércoles.

No todos los coches sufrieron las consecuencias de las sacudidas que el tren experimentó por dicha causa.

A esta circunstancia se debe que el número de heridos solo llegue á catorce, ninguno de Sevilla ó pueblos de esta provincia.

Algunos wagones quedaron empotrados cerca de los rails, sin que los viajeros sufrieran el más leve daño.»

TREN DE AUXILIO

Con la rapidez posible se organizó en la estación de Granada un tren de socorro en el que marcharon al lugar del descarrilamiento el jefe de la estación, personal de la misma y el inspector Sr. Aguila.

Se dijo al salir este tren que estaría de regreso á las dos de la madrugada y que en él llegarán los viajeros y la correspondencia.

COMO OCURRIÓ EL HECHO

Los detalles del descarrilamiento no pudieron saberse en Granada hasta que regresó el tren de auxilio.

Cuando el tren llegó al puente que hay á la salida de Pinos los wagones descarrilados se desmandaron y volcaron, chocando violentamente con las barandas del puente y haciéndose añicos.

La locomotora y el furgón á ella unido siguieron marchando. Los coches que aún no habían entrado en el puente quedaron fuera de él, desenganchado de los que le precedían.

De entre el montón informe que los coches